

De las palmas del triunfo en nuestros campos,
 Sacan de sus sepulcros tenebrosos
 La noble frente, y ¡LIBERTAD! os claman:
 Y sus pechos mostrando
 Por ella rotos, pero no rendidos,
 Incitándoos están á la pelea,
 Y en vuestro amparo el sacrosanto númer
 Llamen de Maratón y de Platea.
 A su acento, miradle, corta el eter
 Con alas de oro; de bronceo cerco
 La sien corona, el asta luminosa
 Blande terrible, y de esplendor inmenso
 Llena la tenebrosa
 Tierra, como brillar tras noche umbria
 En el radioso Oriente
 Se mira al astro creador del día.
 El os llama á la lid, él de la espada
 Os arma de Milcíades, y quiere
 Que en torrentes de sangre desatada
 Arda fulminea en españolas manos,
 Cual funesto cometa
 Nacido, solo á amedrentar tiranos.
 «Por esta senda, os dice, se camina
 A la inmortalidad: senda es de sangre,
 Pero senda es de honor, de donde el héroe
 Nunca el paso declina. ¿Y cuál mas fértil,
 Cuál mas fecundo en héroes cria el cielo
 Que el hispánico suelo?
 ¡Patria del Cid y patria de Padilla!
 ¡Oh tú, inclita Castilla!
 Aun en tus montes respirando el aura
 De dulce libertad, nace el soldado
 Con pecho denodado
 A contrastar lidiando á la fortuna;
 Aun su dichosa cuna
 Sombra de triunfos plácida rodea;
 Aun el hórrido son de la batalla
 A su oído impertérrito recrea;
 Al eco de la trompa se adormece,
 Y entre franceses huesos
 La libre madre sin temor lo mece.
 Ea, pues, al combate; siempre al lado
 Me tendreis, confiad, de acero y saña
 Y de furor armado.
 El estandarte de la libre España
 Sea terror al mundo: el sacro nombre
 De libertad con sonoro estruendo
 Del pérfido Luis en la áurea estancia
 Haced que suene horrodo:
 Oigalo y tiemble en sus orillas Francia;
 Oigalo y tiemble; que del númer mio
 Los animosos pechos inflamados,
 A vuestras armas de mi culto fio
 Que la gloria estendais. Apresurados
 Corred, héroes de Hesperia:
 Corred, y el eco horroso retumbe
 De patria y libertad la ártica Tetis,
 Del alto Calpe al áspero Rifeo,
 Del mar de Frijío al turdetano Betis.
 Que en vano contra España tiende al aire
 Las abatidas lises
 El tirano francés; en vano llama
 Huestes de mercenarios asesinos,
 Que en nuestra ofensa con su acento inflama.

SEGUNDA SERIE.—1865.

Lleguen, que los caminos
 Abiertos les están por donde entraron
 Sus padres, y las tumbas que ocuparon:
 Lleguen, que armados de inclita osadía,
 Del Ter ocupa la ondulante arena,
 Blandiendo en alto el triunfador acero,
 Mina terror del Sena,
 Y Abisbal y Morillo y Ballestero,
 Que aun no marchito á la sublime frente
 Cifien el patrio lauro
 De las francesas lides, y su fuerte
 Brazo es aun ministro de la muerte.
 Sus, ¡españoles! al combate: el canto
 De la lid entonad; canto que infunde
 De los tiranos al oído espanto,
 Cuando rápido al aura se difunde.
 Por mi lidiais, en pos de mí y á sombra
 Del estandarte de la patria: sangre
 Cubra los campos de purpúrea alfombra,
 Sangre francesa; y de uno y otro río
 Corran triunfantes las cruentas olas
 De la hispana Anfítrite al seno frío.
 Las cimas escalad, las altas cimas
 Del helado Pirene;
 Y el bisoño soldado en nombre mio
 Su ánimo en ellas y su acero estrene.
 ¿A qué esperáis? mirad como en tumulto
 Pisa vuestro confin el bando impio:
 No es español quien el traidor insulto
 No sale á resistir. Héroes, seguidme:
 Encuentre á nuestras manos su ruina
 Esa vil muchedumbre.
 La patria os llama, el cielo os patrocina:
 No receleis, abierto
 El camino teneis «el triunfo es cierto.»

El *Discurso* del señor Hartzenbusch sobre las unidades dramáticas, á pesar de que no encierra ideas nuevas, porque, como él mismo lo dice, se ha escrito tanto acerca del particular, que se ha agotado la materia, no deja de ser apreciable bajo varios conceptos. Nuestro autor desenvuelve su argumento con maestría, con crítica profunda y con una erudición muy vasta y selecta. En su discurso figuran Corneille, Racine, Moliere, Destouche, Alfieri, Voltaire, los antiguos dramáticos españoles y las dos escuelas, clásica y romántica. El señor Hartzenbusch, ateniéndose mas bien á lo que dicta la sana lógica, que á la multitud de reglas emitidas por los clásicos mas escrupulosos, que exigen la estricta observancia de las tres unidades, de accion, de tiempo y lugar, y desaprobando la demasiada licencia de los románticos, demuestra que la unidad de accion, siempre necesaria á la fábula dramática, no la ha pasado por alto ninguna de las dos escuelas, y que las otras dos unidades secundarias no tienen una aplicacion inviolable, porque está con frecuencia en abierta contradicción con el buen sentido suponer que el hecho, que se produce en la escena, no haya durado mas de las veinte y cuatro horas, y siempre en un mismo punto, sea una casa ó una pública plaza; al paso que parece mas natural que haya sucedido en un período de tiempo mas largo y en distintos lugares. Pero hablando nuestro autor de las tres unidades, dice que el hombre dotado de génio, puede violar tambien la de accion, siempre que llevado en alas de su númer, lejos de perjudicar á la fábula dramática, la da mas grandeza, lustre y variedad,

AÑO XXIII. 6

porque en las representaciones teatrales es bueno y laudable, sin escepcion ninguna, lo que divierte, y muy malo lo que fastidia. Esto es cierto, y lo que dice el señor Hartzenbusch con respecto al genio, que puede impunemente sobreponerse á los preceptos, nos revela dos cosas: primera; la ingénita nulidad de los pedantes que creen que el hombre, que sale del angosto recinto de las reglas, es culpable de lesaliteratura y un profano indigno de pisar el umbral del templo de Minerva: segunda; que el genio, verdadero destello de la inteligencia divina, constituye leyes nuevas y formula doctrinas que no están al alcance de los hombres medianos.

Nuestro autor recopila, por último, sus ideas en esta forma: «Mi opinion, pues, acerca de las unidades dramáticas es que la de accion es necesaria al poema escénico, que debe observarse, y que la han observado todos los buenos autores de todos tiempos y sistemas, unos con mas latitud, otros con menos, pero siempre dentro del ámbito de la regla que es lata por sí, y que debe su establecimiento á la sana razon y no al capricho de un preceptista; que respecto á las unidades de lugar y de tiempo puede usar el poeta de todo el ensanche que requiera una accion bien escogida, sobre todo en los entreactos; y en fin, que los dramáticos modernos franceses de nota, destructores en su país de un poder que en España nunca estuvo muy firme, no se han tomado generalmente en el uso de estas dos unidades de lugar y de tiempo, una licencia tan excesiva, que merezca las acusaciones continuas que se les dirigen, acusaciones en las cuales no tanto veo una opinion, hija de un exámen malduro, como un efecto de que aun en los dominios de la critica ejerce tambien la moda su tiránico imperio.»

Nosotros estamos perfectamente de acuerdo con todas las ideas y observaciones muy sensatas, que contiene el discurso del señor Hartzenbusch; pero en atención á que los padres del arte dramático fueron los griegos, maestros en todo género de literatura, nos inclinamos á creer que nuestro autor, critico muy juicioso, habria obrado con mas acierto, si hablando de las tres unidades, apoyara su opinion no solo en el teatro moderno sino en el antiguo, con repetidos ejemplos, entresacados de Esquilo, Sófocles, y Eurípides, como lo hizo Metastasio en sus Comentarios de las dos poéticas de Aristóteles y Horacio.

Nuestro autor no deja de apuntar en su Discurso, que los dramáticos españoles usaron de un lenguaje muy libre, sin que el gobierno ni la Inquisicion les censurara en la época feliz en que la España tuvo un teatro verdaderamente nacional. Lo que afirma el señor de Hartzenbusch es indisputable; pero ¿no habria sido muy del caso en esta circunstancia dar á los lectores una idea de las comedias de Aristófanes, que ya tienden con chistes muy satíricos á ridiculizar, ya á poner en conocimiento de los atenienses los desmanes y la astucia de sus gobernantes con tanta fuerza y viveza de colorido, que el rey de Persia dijo un dia á los embajadores de Atenas: «Si vuestros compatriotas dan oido á los consejos de Aristófanes, se apoderarán de toda la Grecia?»—Sea como fuere, lo cierto es, que el Discurso del señor Hartzenbusch es muy recomendable y digno de su bien cortada pluma, á pesar de estas pequeñas omisiones.

Su breve discurso *Sobre la tragedia española* contra los franceses, que han afirmado con desfachatéz y mucha ignorancia, que los españoles, no solo no tenían tragedias, sino que eran incapaces de escribirlas, es uno de los mejores trozos de los *Ensayos* del señor Hartzenbusch, el cual, no contentándose con desmentir este aserto tan falso y calumnioso con una multitud de testimonios y ejemplos, dá á co-

nocer á los franceses, que sus escritores dramáticos mas ilustres deben á la España y á su teatro escenas eminentemente trágicas y muy espléndidas. Pero ¿pueden causarnos maravilla y estupor las calumnias, la injusticia é ignorancia de los franceses con respecto á esta península, despues de haber leído en Dumas, que la España no tiene sastres, y que nuestros pinches ignoran la existencia de los asadores?

En una noche de verano, hace ya muchos años, yo estaba sentado con uno de mis mejores amigos bajo la estatua de Cervantes, cuando pasaron á corta distancia de nosotros, unas rameritas, que provocaban con sus palabras obscenas á los transeúntes: un hombre las miró con desprecio, y dijo «¡Qué mujeres sin vergüenza!» Entonces el amigo que estaba á mi lado, exclamó: «¡Dioses de la laguna Estigia! sacrificaré un gallo y cien toros sobre vuestros altares, si ningun francés ha oido estas palabras, porque volviendo á Francia, no dejaria de escribir: —Hay en Madrid una plaza que se llama plaza de las mujeres sin vergüenza.» Y luego añadió: «Lo que he dicho nada tiene de extraño, porque en esta forma los franceses hablan y escriben de España.»

Los *Artículos de costumbres* que completan el tomo de los *Ensayos* del señor Hartzenbusch, son una coleccion de hechos verdaderos ó fingidos, que reflejan con viveza de colores y mucha naturalidad el carácter de los españoles, que pertenecen á las gerarquías sociales mas elevadas. Tanto sus artículos como *El querer de miedo*, *drami-cuento á galope*, abundan de chistes de buena ley y están escritos con gracia y elegancia. Sus apuntes contienen buenas ideas y doctrinas acerca de la literatura y poesia dramática en España.

Las *Obras de encargo*, segunda parte de los *Ensayos*, á los que podia haber correspondido tambien, como dice el mismo señor Hartzenbusch en su *Advertencia*, el título de *Obras de encargo*, porque todas las composiciones, que los dos tomos contienen, nuestro autor las escribió en épocas distintas á instancia ó insinuacion de sus amigos, estas obras, digo, que son una coleccion de trozos, muchos en verso y otros en prosa, no carecen de elegancia, y algunos de ellos, que pertenecen al género burlesco, están salpicados de chistes, que tienen algo de satirico y provocan la risa. La *Epistola de don Quijote, en rancio lenguaje caballeresco*, merece ocupar estas columnas, porque es una imitacion ingeniosa de lo antiguo, y digna de la pluma de un hombre muy versado en la literatura castellana, como el señor Hartzenbusch.

Caballeros é donceles
Dotos, rancieros é noveles,
Damas ya grandes, ya chicas,
Regalonas doncellicas,
E vos la de aguja y plancha,
E tú, que adobas jigote:
Vos escribe don Quijote
De la Mancha.

Honrais con farta razon
Al perinclito varon,
Cuyo bulto de metal
Reverencian por igual
Congreso é Medinaceli (1),
Quando, quitado el bonete,
Saludan á Cide Hamete
Benengeli.

(1) Alude el autor al palacio del Congreso y al del duque de Medinaceli, que están en la plaza de Cervantes.

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Ahora, si al caso faz,
Yo vos demandara en paz
Que, otra vegada, la fiesta
Para Cervantes aquesta,
Que noble intencion descubre
De que Madrid le rimiembre,
Se le ficiera en setiembre,
No en octubre.

Cierto que hoy, dia que es
Nono del deceno mes,
Cervantes el afamado
Fué en Alcalá baptizado;
Mas, por negligencia grave
(Que suplir quisiera yo),
Cuál fué el dia en que nació,
No se sabe.

Pero habedes certidumbre
De que era estonce costumbre
Cristianar á los infantes,
Llevando ya en fajas antes
Dias, no en corta porcion;
Y de ventiocho fué
A la pila de la fé
Calderon.

E como el santo del dia
En que el pequeñuelo abria
Sus parpadicos al sol,
Daba nombre al español;
Y en el baptismal papel,
A Cervantes pertinente,
Hay el nombre solamente,
De Miguel;

Veintinueve del pasado
Debió ser el señalado
Con el fausto nacimiento:
Dia en que el magin atento
El nombre topa de aquel
Santo Arcángel eminente,
Que firió la impia frente
De Luzbel.

E que no me llevo chasco
Piensa el bachiller Carrasco,
E demas del bachiller,
Sancho Panza, su mujer,
Mi cura, home gravadoso,
El rapista de mi aldea,
E mi sin par Dulcinea
Del Toboso.

Importa empero un ardite
Que á Cervantes felicite
La aficcion con que venis,
Hoy, dia de San Dionis,
U esotro, pasado ya:
Como es del mérito paga,
Cuando-quiera que se faga,
Bien está.

No cuenta España escritor
De lauro merecedor
Que á Cervantes aventaje:
No es de ninguno ultraje
Proferir, en noble canto
Que la su gloria consigue:
«¡Nadie cual el manco insigna
De Lepanto!»

Por élen Orán é Flandes,
En las lomas de los Andes
E las playas de Luzon,
Don Quijote y Sancho son
Conocidos por do vamos:
Nos nombran en el camino,
Y al caballo y al pollino
Que montamos.

El orbe señala entero
A mi duque y mi ventero,
Al bien malparado Andrés;
Al bizco infame Ginés,
Maritornes tuerta é fea,
El hábito de Luscinda,
E las trenzas de la linda
Dorotea.

Cervantes vida nos da,
Que dura é perdurará
Mientras fiel quede una mano
Persignante en castellano;
E quede ó no:—bien lo fundo;
Que si acontece tal mengua,
Ya nos ha dado su lengua
Todo el mundo.

Misero mi autor vivió,
Y en mi figura pintó
Su malandanza cruel:
Por poco es dueño de Argel,
Y en la patria que fulgura
Con luz por él encendida,
Tuvo pobre, ya perdida
Sepultura.

Yo, pues, el famoso Hidalgo,
Vos pido, por lo que valgo,
Que al valiente en la campaña,
Rey del ingenio de España,
Digais con voces amantes,
Que en bronce la fama escriba:
¡Eterno el renombre viva
De Cervantes!

SALVADOR COSTANZO.

(La conclusion en el número inmediato.)

LAS TRIBULACIONES DE LA INFANCIA.

Mi opinion es, que no consideramos bastante la infancia, y que no tenemos hácia ella los miramientos y el respeto que á su flaqueza son debidos. Los mismos, que segun se dice, *miman* á los niños, tienen por instantes con ellos asperezas y violencias repentinas, que trastornan y destroran esas almas delicadas. Se creen justamente severos, y son crueles.

Consiste esto en que no se piensa bastante en lo que es un disgusto de un niño. Se le tiene por cosa ligera, y yo lo creo tan profundo y tan extremo como el mas formal de los nuestros. El niño se entrega todo entero á la sensacion que lo domina con un candor y con una buena fé absoluta. Nada resiste en él, nada forma contrapeso. Si el niño tiene,

como nosotros, la reflexion que sin duda puede acrecentar | fortalecido por la edad, que descaradamente viene á poner
nuestras penas; tampoco tiene, por otra parte, ese egoismo | una barrera á la desesperacion; no tiene nuestra triste es-



Los niños en el bosque.—Dibujo de Pauquet hijo, sacado de un cuadro de Robert.

perencia, que en medio de nuestros sollozos se atreve á ha- | tro nos hace mirar, al través de las tinieblas de la hora pre-
cer oír su voz y nos dice, que todo disgusto tiene un térmi- | sente, días mas serenos y mas luminosos. En cuanto á mí,
no, que el tiempo es un remedio eficaz, y que á pesar nues- | no he olvidado mis disgustos de niño. ¡Qué grandes eran lo



menores! ó mas bien, no había menores, porque todos eran inmensos. Nos habian mandado que la obligacion se cumpliera, y sobre todo que la plana estuviese sin mancha. De pronto y sin saber cómo, un movimiento distraído, un sacudimiento cualquiera ocasionaba la caída de una gota de tinta sobre el papel. Al punto chupábamos el horrible líquido, y aunque hubiese sido un veneno mortal, lo chuparíamos todavía con todo nuestro corazón. Mas ¡ay! la horrible mancha negra, en vez de irse, se ha estendido; toda la plana está cubierta, y el maestro va á venir; ya viene, entra.... ¡Qué mirada! ¡qué terrible voz! ¡qué fulminantes reconvencciones! Somos unos malvados, unos niños indóciles y sin conciencia; un ejemplar castigo será impuesto. ¡Ah! ¡cuánto sufrimos! Las lágrimas corren, los sollozos nos ahogan. Quisiéramos mejor morir que ser tan desgraciados.

Veamos esos dos niños que nuestro grabado representa. La madre les había dicho: Id al bosque y volved con un haz, lo mayor que podais. Veámoslos al hermano y á la hermana en el monte talar recogiendo, partiendo y cortando lo mejor que podian. Felices estaban cantando entre el césped y el musgo. Mas de repente se oyen unos pasos en las malezas. Se presenta un hombre, que es el guarda. ¡Oh desgracia! en el monton de madera seca se encuentran dos ó tres ramos todavía verdes; la segur está al lado; el delito es flagrante. En un pestañear de ojos el hombre ha puesto su tosca mano sobre el brazo del culpable, se lo lleva y con ronca voz le dice:—Ven conmigo; ven preso.—¡Qué temor en el semblante del niño! ¡qué angustias y que súplicas en los ojos de la hermana! ¡Preso, en un calabozo, sin luz y por toda la vida! ¡Y su madre á quien no volverán ya á ver! ¡Perdon!—No, no hay compasion.—¡Ah! todo es acabado; son perdidos.

Mas he aquí el privilegio de la infancia: su pesar es de corta duracion y se borra por completo. Una palabra ha hecho correr torrentes de lágrimas, otra los seca. El dolor pasa, y la alegría vuelve á presentarse entera y absoluta. En un minuto se consolarán esos dos niños que acabamos de ver tan desesperados; dirigirán hácia él los ojos asombrados y habrán visto su maligna mirada y su boca de píllo: ¡ah! es la libertad, es la salud. Se irán por los senderos corriendo y cantando á recoger hermosos ramos de avellanas, ó reunir castañas que á cada movimiento del aire caen abundantemente, como el granizo, desde la cúspide de los grandes castaños.

LA PERDIDA DE UNA MADRE.

¡Madre é hijo! Existe union tan indisoluble entre estos dos seres, es tal la vigorosa unidad que forman las dos hermosas ideas que representan, que ni el mas profundo egoismo, puede separar jamás la una de la otra, aun en su conexión mas íntima.

Observad. Una madre ó un hijo dejan de existir. Varias personas tienen conocimiento de la triste nueva; y solo se escapa de sus pechos en el primer caso esta elocuente exclamacion:

—¡Pobre hijo!

Únicamente espresan en el segundo:

—¡Pobre madre!

Sin duda que un padre tiene muchísimos títulos á la veneración de sus hijos; pero hay sentimientos muy deli-

cados cuya ternura tan solo consigue insinuar en nuestro pecho el cariño de una madre, é ideas cuya santidad nadie mas que ella, con su entrañable amor, logra depositar en el fondo de nuestra alma.

¡Cuánto se ha dicho, cuánto se ha escrito sobre las madres, y cuán poco es todo lo que se puede decir, comparado con lo que siente el hijo que la ha perdido!

Muchos literatos distinguidos las han pintado con los magníficos rasgos que su imaginación brillante y su pasión filial encontraron solo para ellas; pero sin poder darnos una idea perfecta.

Y si no, decidme, infortunados huérfanos, á quienes principalmente me dirijo, porque ninguno mejor que vosotros puede comprender el pensamiento que me impulsa en este artículo: ¿no sienten mucho mas vuestros corazones al dulcísimo nombre de madre, que lo que os han referido esos elevados ingenios? ¿No pululan en vuestra mente un cúmulo de ideas infinitamente mas tiernas que cuantas han podido estampar en el papel aquellos famosos escritores?

Y he dicho *han podido*, porque no todo lo que bien se comprende y siente, se espresa del mismo modo, como creen algunos. No. Un poeta ve un mundo de portentos; concibe el infinito en su ilimitada grandiosidad; le mira lleno de prodigios con fascinación embriagadora; coge la pluma en este inspirado momento y..... apenas logra hacernos vislumbrar esa maravilla; únicamente consigue ponernos en el umbral de ese inmenso edificio.

Si una familia pobre pierde á su padre, no tema sucumbir á la indigencia, con tal que exista su madre, porque ésta redoblará su trabajo y entrañable solicitud, aunque parece una contradicción, si se considera la debilidad del sexo; y sus esfuerzos prodigiosos impedirán que la miseria muestre su horrible faz bajo el humilde techo que cobija á sus desdichados hijos.

Mas, no es tan general que suceda lo anteriormente espuesto, como, en vez del padre, sea la madre quien llegue á faltar.

El desaliento se apodera de algunos jefes de familia cuando no pueden proporcionar un pedazo de pan á cada una de las varias bocas hambrientas que diariamente se lo piden. Al desaliento sucede la desesperación; y luego..... el abandono quizás.

¡Madre! Todos pronunciamos con ternura este sacrosanto nombre. Y cuantos la hemos perdido veneramos su recuerdo en el altar del corazón.

Grande, infalible es el gozo de los hijos que pueden ser objeto de sus caricias; pero imposible que comprendan su verdadero valor hasta la hora fatal de la separación en este mundo, que la muerte impasible les viene á señalar, sin dejarles otro consuelo que la esperanza de mejores días en el seno de los bienaventurados.

Un jóven vive en Madrid, siguiendo su carrera, largas leguas alejado de su familia.

Disfruta, triunfa, vive en una escogida sociedad.

Y en medio de sus placeres é ilusiones recibe la inesperada y cruel noticia de la muerte de su madre.

No referiré los trasportes de su dolor. Voy á los resultados del rudísimo golpe.

Ese jóven, en un mundo brillante, por mas que este brillo sea de oropel, con amigos en todas partes y ocupaciones diversas, se encuentra de repente como aislado, y sin iniciativa para muchas cosas que anteriormente le eran en extremo fáciles.

Era tal vez antes alegre y decididor, resuelto hasta la temeridad; y acaso despues sea melancólico, prudente, irresoluto.

No de otro modo un atrevido viajero, lleno de confianza en luminoso faro que fija su camino, atraviesa una estensa llanura, sin preveer que un huracan impetuoso puede tronchar por su base aquel inmóvil y seguro guia; hasta que el imprevisto siniestro tiene lugar; y entonces, turbado, vacilante, no acierta á proseguir su viaje, aunque tiene los ojos fijos en direccion del sitio testigo del aciago suceso.

He presentado este ejemplo para hacer resaltar el profundo sentimiento de otras personas, victimas de la misma desgracia, en circunstancias muy diversas, y cuya intensidad es imposible espresar.

¿No os representa la imaginacion, no habeis visto quizás á una inocente y delicada jóven, sola en el mundo á no existir su amantísima é idolatrada madre?

¿No han temblado vuestros nobles corazones al considerar en toda su estension las consecuencias terribles de la pérdida de esa madre?

Y luego, si vuestros temores se realizaron, y fuisteis testigos del dolor de la huérfana infortunada; ¿no habeis llorado con esta infeliz para aliviar un tanto su honda pena, y desahogar la que oprimia vuestros pechos?

¿Verdad que solo conseguisteis proporcionarle algun consuelo con el recuerdo de la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y el dolor de su Madre Santísima?

¡Ay! El inmenso vacio que deja una madre en el corazon de sus hijos no consiguen llenarlo juntos, el dulce afecto fraternal, la amistad mas acendrada, y la ternura del amor mas vehemente.

Es muy bella, muy santa y muy sublime la idea que significa tan dulce palabra, para que, á su lado, las de hermano, amigo, amante, sean mas que hermosas estrellas junto á radiante luna, cuya mágica luz hacen mas ostensible.

Todas las aspiraciones de los hombres, las riquezas, los honores, la gloria, tienen por principal objeto las simpatías y admiracion de las mujeres, entre quienes ocupa un puesto preferente la madre.

¿Qué jóven de miras elevadas no ha visto alguna vez en sus sueños ambiciosos á Leticia Bonaparte, venerada en su retiro de Roma por las personas mas distinguidas de Europa, que acudian presurosas á la Ciudad eterna por el muy alto honor de besar la mano á aquella madre del genio mas gigantesco que los siglos contemplaron; del hombre que era mas grande aun en su caída, que cuando la fortuna le sustentaba en su colosal poderío?

Sí. Las madres vivifican esa llama divina, que Dios ha permitido penetrar en tan escaso número de inteligencias, con el inagotable intenso amor que les prodigan, y que les presta fuerzas sobrehumanas si desconfian de sus ideas del grandeza, ellas les animan y guían á la cumbre de la gloria.

¿Y quién no recuerda el admirable influjo que ejerció Santa Elena en el ánimo de su hijo el gran Constantino, para que tremolase el estandarte de la Cruz en todos los confines de su poderoso imperio? ¿el que tuvo Santa Mónica sobre San Agustín, haciéndole abjurar los errores de la herejía, y convirtiéndole en el mas elocuente de los campeones del cristianismo? ¿y el que en San Fernando y en San Luis ejercieron las piadosas reinas doña Berenguela y doña Blanca, inculcándoles las ejemplares virtudes que tan fecundas fueron para la religion católica?

Muchos otros gloriosos nombres podriamos citar en todas las épocas, y en todas las esferas del saber humano; y que deben su fama principalmente á la educacion maternal.

¿En qué consiste esto? ¿Por qué el padre, cabeza de la familia, mas experimentado, mucho mas ilustrado, por lo general, que la madre, no consigue esos milagros, que así podemos calificarlos, aunque obtiene quizás mas respeto y cuente con mayor autoridad. —Las madres contestarán por mí:

—Es que nosotras tocamos todos los resortes del corazon de nuestros hijos; es que adivinamos los sentimientos mas ocultos de sus almas; es que nuestro amor y dulzura incomparables nos hacen depositarias de cuanto sienten y conciben, de cuanto creen y esperan. ¡Es que somos madres!

¡Oh! ¡qué terrible desgracia es la pérdida de una madre!

¡Cuántos desdichados huérfanos sentirán en este momento lo que dejo dicho, y muchísimo mas que me es imposible mostrar!

El sentimiento del hijo que llora la muerte de su madre es la elegía mas bella, mas admirablemente patética y mas universal que la humanidad conoce.

Nadie lo ignora. Todos la tienen grabada en sus corazones; el pobre y el rico, el jóven y el viejo, el salvaje y el hombre civilizado.

Feliz yo si consigo que la dolorosa ternura que abriga mi pecho por la reciente pérdida de tan caro objeto, encuentre un eco simpático en el de quien quiera que arroje una mirada sobre lo que termino de manifestar; con tal que no sea leído con indiferencia este corto artículo, si sobrado imperfecto en sus formas, harto laudable en su intencion.

LUCIANO GARCIA DEL REAL.

LA CASA DE PILATO EN SEVILLA.

En una pequeña plaza de la parte oriental de Sevilla, no lejos de la puerta de Carmona, existe el palacio de Afanes. Es un edificio de poca apariencia. El balcon de piedra, esculpido segun el gusto del siglo XV que lo decora, sirve cuando mas para hacerle resaltar de las casas inmediatas. En el frontis de la entrada principal, están grabados los nombres de sus fundadores: don Pedro Enriquez, adelantado mayor de Andalucía, doña Catalina de Ribera, su mujer, y don Fadrique Enriquez y Ribera, su hijo; en seguida está la fecha de la construccion, comenzada en 1471, y concluida en 1533. Encima hay una inscripcion latina que remata con cinco cruces de Jerusalem repetidas tres veces, y con esta leyenda: « *El 4 de agosto de 1519, entró en Jerusalem.* » En fin, á la izquierda de la puerta hay una cruz de jaspe embutida en la pared de la casa. Estos pormenores dan á aquella fachada una estraña fisonomía que escita la curiosidad del viajero.

El palacio de los Afanes es conocido con el nombre de *Casa de Pilato*, porque han creido ver en él la copia de la habitacion del pretor romano. La imaginacion popular ha supuesto tambien que el cimientto de las paredes estaba

formado con tierra traída de Jerusalem; y aun hasta se ha llegado á decir que es una copia del palacio mismo de donde Jesucristo salió para ir al Gólgota.

Don Fadrique Enriquez y Ribera, marqués de Tarifa, habia salido para Tierra Santa en 1518, dejando sin concluir su palacio de Sevilla. Estuvo dos años en Palestina, y aseguran que, hallando á su regreso puntos de comparación entre su casa y la de Pilato que habia visto en Jerusalem, hizo terminar las construcciones comenzadas, de modo que resultase mas perfecta aquella semejanza. Las cruces de Jerusalem, grabadas sobre la fachada, son las que don Fadrique añadió á sus armas en memoria de su peregrinación. En Jerusalem habia medido las catorce estaciones de Jesucristo, y quiso consagrar en Sevilla aquel piadoso recuerdo, marcando con una cruz de jaspe el sitio donde comenzaba el Via Crucis, cuya última estación terminaba en la Cruz del Campo con un pequeño monumento que en la actualidad existe. El tiempo ha hecho desaparecer hasta los vestigios de las estaciones intermedias.

El interior de la casa de Pilato es digno de interés. Primeramente se entra en un patio insignificante; pero siguiendo á la derecha la doble columnata de mármol de un hermoso peristilo, se penetra en el corazón del palacio, en el gran patio, que se deja admirar despues de los mas notables de la última época de la arquitectura morisca, los del Alcázar y de la Alhambra, por ejemplo. Tiene 62 piés de largo y 60 de ancho; alrededor hay una galería formada por veinte y cuatro arcos que vienen á caer sobre otras tantas columnas de mármol; en el centro existe una fuente con un grupo de delfines, sosteniendo una taza redonda, sobre la cual hay una cabeza de Jano, y en los ángulos descuellan, sobre zócalos de granito, cuatro figuras colosales: Minerva guerrera, Minerva pacífica, Diana y Ceres. Esta fuente y esas estatuas son trozos antiguos, enviados desde Roma por el pontífice Pio V á don Per Afán de Ribera, virey de Nápoles, «para liberrar la ciudad santa de aquellos restos del paganismo.» Las paredes del fondo de la galería están adornadas en su parte posterior con meandros imitados, de los que el genio árabe inventaba con tanta ligereza como abundancia. Los del Alcázar están menos bien conservados, y presentan igualmente menos variedad, pero su ejecución es mas delicada y mas flexible. El zócalo, de la altura de 10 piés, está revestido con preciosos cuadros de barro vidriado, llamados azulejos. En fin, en los nichos redondos, abiertos en la pared, se hallan colocados los bustos de los principales césares, concilio augusto que un artista español del Renacimiento no podia dejar de hacer presidir por Carlos V. La galería del piso bajo tiene una segunda galería encima, formada tambien por veinte y cuatro arcos y otras tantas columnas, y decorada igualmente con arabescos y azulejos: ésta se halla, además, rodeada de una hermosa balaustrada de piedra, cuyo estilo gótico no disuena mal aquí. En fin, el patio está embaldosado de mármol, y por varias partes se crían muchas flores, cuyo esplendor alegra la vista. Con sus adornos híbridos, sus estatuas griegas, sus bustos romanos y sus columnas de diferentes colores, feliz mezcla de gravedad y de gracias de sencillez y de capricho, este patio es de sorprendente aspecto, y el continuo murmullo de la fuente añade al efecto del decorado una armonía llena de dulce melancolía y de languidez poética.

Al patio caen las espaciosas habitaciones del palacio. Las del piso bajo están muy destrozadas, y le sería dificultoso á don Fadrique encontrar en ellas los vestigios de su

antiguo esplendor. No obstante, á la derecha hay un largo cuadro cubierto con azulejos y arabescos: es el pretorio de Pilato, y sobre la puerta se lee el *Credo*. Al lado está la capilla, tapizada con losas de barro: se entra en ella por un porche, donde los caprichos del gusto sarraceno se mezclan sin esfuerzo con los del arte gótico; y junto á la puerta, en el interior del oratorio, se muestra la columna donde Jesucristo estuvo atado durante la lamentable escena de la flagelación. Por otro lado del patio, despues de atravesar salones y galerías abandonadas desde hace mucho tiempo á las injurias de los años, se penetra debajo de un pórtico sostenido por columnas de mármol. Entre los restos antiguos arrojados allí confusamente sobre el suelo, ó puestos en fila á lo largo de la pared, se advierten en especial un soberbio busto de Alejandro, y una admirable cabeza de Cleopatra. Estos mármoles proceden de Roma, como los del patio principal, y de Itálica, patria de Trajano, Adriano y Teodosio, cuyas ruinas se encuentran á una legua de Sevilla en el pueblo de Santiponce, y donde el labrador descubre incesantemente monedas, fragmentos de mosaicos y trozos de estatuas, que si estuviesen reunidos harían la fortuna y la gloria de un museo. Este pórtico conduce al jardín, al que espesos naranjos llenan con su penetrante perfume, y en medio de los mirtos y bojales del interior, de los granados y heliotropos, descuella una pequeña construcción de arquitectura moderna y sencilla, cuya vista seduce por el encanto de lo imprevisto y del misterio. Varios artistas ocupan su única y espaciosa pieza; músicos y pintores se reúnen allí diariamente para sus estudios. En muchos aparadores hay colocadas antigüedades de mármol ó de barro; hay allí colgadas espesas manoplas; se ven pirámides de trofeos de instrumentos, espesuras de flores guarnecen los ángulos, y en el centro, sobre un tapiz, descansa un gitano, mientras que un cantor modula un capricho de un ritmo seductor y lastimero.

En el número de las antigüedades que don Per Afán de Ribera habia traído de Italia, se hallaba una urna á la que el antiguo virey daba gran valor: contenía las cenizas de Trajano. Cierta dia, una mano torpe dejó caer al jardín aquella preciosa urna; las cenizas del emperador se esparcieron por la tierra, y el viento las dispersó, llevándolas hasta Itálica, quizá, antes que hubiese sido posible recogerlas de nuevo.

El piso superior es con mucho la parte menos interesante del palacio. Sin embargo, se sube á él por una magnífica escalera perfectamente conservada, artesonada y con el pavimento de azulejos, decorada con pinturas de Pacheco á la aguada, y cuya magnífica cúpula de estalactitas parece una imitación del salón de Embajadores del Alcázar. Las habitaciones de este piso no presentan nada que merezca ser indicado; únicamente se ven allí muchísimas flores deshojadas y renovadas todas las mañanas, cuyos innumerables pétalos cubren con sus olorosos y matizados fragmentos los tapices, los muebles, los cuadros y hasta las colgaduras de los lechos y de las ventanas.

La casa de Pilato pertenece á los Medinaceli y Alcalá, descendientes de don Fadrique Enriquez. Estos poseen una inmensa fortuna territorial. Todas las provincias de España están como sembradas con sus casas, castillos ó palacios, y, según aseguran, podrían viajar un año entero de Valencia á Badajoz, y de San Sebastián á Algeciras, mudando de habitación cada noche, sin dejar de estar una vez en terreno suyo.



La casa de Pilato en Sevilla.—Dibujo de Oliverio Merson, sacado de una fotografía.